

hasta ahora? ¿era este tu modo de discurrir acerca de este grande, de este importante negocio? Es digno de admiracion que, amándose tanto los hombres á sí mismos, hayan hecho tan pocas reflexiones sobre esta importantísima verdad. Pues trata tú de hacerlas, y muy serias. Es cierto que no has vivido ocioso, que has trabajado, te has afanado, has sudado, has gastado tu salud; pero ¿qué has adelantado, qué utilidad real y sólida has ganado que te pueda servir de algun provecho en la otra vida? Si no has trabajado para tu salvacion, todo lo perdiste; haz cuenta que nada has hecho. Deja por algunos dias todos los demás pensamientos, y ocúpate en este solo.

2. Graba, no solo en tu corazon, sino en tu memoria, este oráculo: *Quid prodest homini, si univ-
ersum mundum lucretur*, etc. ¿De qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? Tenlo escrito en tu oratorio, en tu cuarto, en tu gabinete; y es muy loable estamparlo tambien en el librito de horas, y repetirlo cuando se ha padecido alguna pérdida, ó se ha hecho alguna ganancia. Si reina en tu casa la prosperidad y la abundancia; si te mira la fortuna con semblante risueño, y todo te sale á medida de tu gusto, dite á tí mismo con frecuencia lo que te dice Jesucristo: *Quid prodest?* ¿De qué me sirve todo esto si me condeno? Si has perdido un pleito, una herencia, un grande empleo, penetrada bien esta verdad, es muy á propósito para consolarte. La salvacion es el mayor recurso en todos los descon-
suelos. Repite muchas veces esta leccion á tus hijos y á tu familia; ninguna otra es mas eficaz para hacerlos á todos buenos cristianos.

DIA VEINTE Y OCHO.

SAN GERMAN, OBISPO Y CONFESOR.

San German, hombre de eminente santidad, varon de singular mérito, en quien hizo Dios resplandecer el don de milagros, segun lo certifica el obispo Fortunato, nació en Borgoña en el territorio de Autun, hácia el año de 469. Su padre Eleuterio y su madre Eusebia eran de una familia distinguida en el país; pero, ó porque se hallaban muy escasos en bienes de fortuna, ó porque les era muy gravoso el excesivo número de sus hijos, la madre hizo cuantas diligencias pudo para que se malograra este antes de salir de sus entrañas. No lo consiguió, porque le tomó Dios bajo su proteccion, conservándole la vida á pesar de los esfuerzos de su madre, y despues que salió á luz le continuó la misma proteccion contra otros muchos peligros.

Pasados algunos años en casa de sus padres con una educacion bastante descuidada, le enviaron á estudiar á la villa de Avalon en compañía de un primo suyo de la misma edad, que se llamaba Estratidio. Parece que todos conspiraban contra la vida de nuestro santo. La madre de Estratidio, ya fuese por alguna manía, ya por zelos, ó por algun motivo de interés, resolvió dar veneno á su sobrino German, y con este depravado intento dispuso dos ampollitas, una de vino ordinario, y otra preparada con no sé qué confeccion venenosa, para el desayuno de su hijo y de su sobrino; pero la divina Providencia, que vela sobre la conservacion de nuestro santo, dispuso que se equivocara la criada, y que diese á German el

vino sano, y á Estrafidio el emponzoñado, el cual le hubo de costar allí mismo la vida, pero salió del peligro á costa de una asquerosa lepra.

Conociendo German que ni en casa de su padre ni en casa de su tia estaba bien admitido, se retiró á Lazy para vivir en compañía de su pariente san Escopilion, cuyos ejemplos, cuidados y desvelos por su educacion le compensaron con usura los malos tratamientos que habia experimentado en las dos casas precedentes.

El bello natural de German, su inclinacion á la virtud y su buen entendimiento suplieron con ventajas la negligencia y el descuido que se habia tenido en criarle y en instruirle. Fué para él la casa de Escopilion una excelente escuela de que se supo aprovechar bien; vivian ambos como dos religiosos en continuos ejercicios de devocion, excitándose reciprocamente á la virtud con sus santas conversaciones y con sus ejemplos. Aunque la casa estaba distante de la iglesia cerca de media legua, asistian con puntualidad á los divinos oficios, sin que las aguas, las nieves ni las demás inclemencias del tiempo les estorbasen esta asistencia en ninguna estacion del año; lo restante del dia lo dedicaban á la oracion y á la lectura de libros espirituales. Quince años pasó German en esta santa soledad, empleando en solo Dios los dias y las noches.

Informado san Agripin, obispo de Autun, de la eminente virtud y del mérito singular del santo mancebo, resolvió hacerle entrar en el estado eclesiástico. Todo el embarazo que encontró fué el de su profunda humildad; pero por mas evasiones que discurrió, se vió precisado á obedecer. Confririóle el santo obispo los sagrados órdenes, y tres años despues le hizo presbitero. Muerto Agripin, su sucesor san Nectario, que le conoció muy presto, le nombró abad del

monasterio de San Sinfiriano en los arrabales de Autun.

Gobernó el nuevo abad aquel monasterio con tanto zelo, con tanta prudencia y con tanta suavidad, que muy luego se reconoció lo mucho que puede la virtud cuando los empleos la dan ocasion de manifestarse. Las primeras lecciones que dió á los monjes fueron las del buen ejemplo, y todas fueron lecciones eficaces. Renovóse la observancia y el fervor; á la reputacion del abad se siguió la de la abadía; solo se hablaba de la regularidad del monasterio, y de la santidad del que gobernaba. Verdad es que la vida ejemplar de nuestro santo, sus penitencias, su virtud y sus limosnas le hicieron célebre en todo el reino; de todas partes concurrían por ver y por venerar al santo abad, y desde entonces le concedió Dios el don de profecia y el de milagros.

No pudiendo sufrir su grande caridad que se despidiese á ningun pobre sin limosna, despues que un dia lo habia dado todo, hizo distribuir el pan que se habia reservado para el monasterio. No agradó á sus monjes este exceso de caridad, y llegaron á los oidos del santo sus quejas y sus murmuraciones. Acudió á la oracion, y apenas se retiró á la celda para desahogar su corazon en la presencia de Dios, cuando una virtuosa señora envió dos cargas de pan, y el dia siguiente llegaron dos carros cargados con todo género de provisiones para el monasterio.

Cerró esta maravilla la boca á las murmuraciones, pero no le libró de la persecucion; porque una virtud tan sobresaliente no podia menos de ser ejercitada. Mal informado el obispo, en virtud de alguna calumnia, ó entrando quizá en algunos zelos por su mucha reputacion, le mandó prender, y le metió en la cárcel eclesiástica; pero apenas le habian encerrado, se abrieron por sí mismas las puertas de la

prision. No quiso salir de ella sin beneplácito del obispo, que convirtió los zelos en respeto y veneracion. Aumentó su estimacion un accidente que sobrevino, y remedió prontamente el santo abad. Pegóse fuego al pajar, que á la sazón estaba atestado de heno, y las llamas iban ya á reducir á cenizas todo el monasterio; echó en ellas el santo abad algunas gotas de agua bendita, y al punto se apagaron. Este milagro y otros muchos que obraba el Señor todos los días por la intercesion de su siervo, le hicieron tan famoso en todo el reino, que, habiendo muerto el año 554 Eusebio, obispo de París, fué nuestro san German electo en su lugar; y por más razones que alegó para no admitir esta dignidad, el rey Childeberto quiso absolutamente que la aceptase, y sin dilacion fué consagrado. Nombróle el rey su limosnero mayor, y le honró con toda su confianza.

Ninguna mudanza hicieron en su porte todas estas dignidades. El mismo fué cuando obispo que cuando abad; igualmente mortificado en su persona, igualmente austero en su conducta, tan humilde, tan caritativo y tan pobre como antes; su mesa no solamente era frugal, sino tan parca, que mas que comida parecia abstinencia y ayuno. Dedicaba los días al gobierno de su iglesia y al cuidado de su rebaño, y pasaba las noches en oracion, y muchas veces al pié de los altares. Su modo de vivir en todo lo demás era austerísimo. Jamás se arrimaba á la lumbre en el mayor rigor de inviernos frigidísimos; siendo una de sus ordinarias mortificaciones tolerar todas las incomodidades de las estaciones, sin solicitar el menor alivio. Aunque el rey le honraba con toda su confianza, y esta le precisaba á tener mucha parte en el manejo de los negocios del estado, en medio de eso era todo de su pueblo; visitabale, instruiale, consolábale

con sus palabras y con sus limosnas, porque crecia en él la caridad al paso que se aumentaban las rentas. Entrególe un día el rey un bolsillo de dinero para que lo repartiese entre los pobres; distribuyó el santo una gran cantidad entre todos los que encontró, y reservó la mitad para repartirla el día siguiente. Obligóle el generoso principe á que lo diese todo, diciéndole que en su real tesoro encontraría siempre pronto un fondo inagotable para socorrer cuantas necesidades quisiese. No tardó el Señor en recompensar la piadosa liberalidad del monarca, manifestando al mismo tiempo mas y mas la santidad de German. La curacion milagrosa del rey Childeberto fué una prueba ilustre de ella, y el mismo principe dejó á la posteridad el mas auténtico testimonio de este prodigio, no menos que de su reconocimiento y de su caritativa liberalidad, en las patentes que expidió, y fueron del tenor siguiente:

« Nuestro padre y señor German, obispo de París, hombre apostólico, nos ha enseñado en sus sermones que mientras estamos en esta vida debemos pensar continuamente en la del otro mundo. Entre otras cosas nos ha recomendado mucho el cuidado de las iglesias y de los lugares sagrados, y el hacer muchas limosnas, de lo cual él mismo nos da ejemplo. Habiendo sabido este prelado que Nos estábamos enfermo en el castillo de Celles, cerca de Melun, y que no nos habian aprovechado los remedios de los médicos ni las demás diligencias humanas que hicimos para recobrar la salud, vino á visitarnos, y pasó toda la noche en oracion, suplicando al Señor que nos la concediese. Por la mañana puso sobre Nos sus santas manos, y apenas nos tocó cuando nos hallamos perfectamente bueno. En reconocimiento de un favor tan singular que Dios nos hizo por medio de su siervo, hacemos donacion á la iglesia de París, y al obispo German

que la gobierna, de la tierra de Celles. donde recobramos la salud, y está sita en el territorio de Melun, en aquella parte donde se junta el rio Yona con el rio Sena. »

Sobrevivió poco el rey á esta donacion. Cuando volvió este príncipe de la expedicion de España, habia hecho edificar la iglesia de San Vicente, que hoy es de San German, eligiendo en ella su sepultura; despues habia agregado á ella otros edificios, para formar un gran monasterio bajo la disposicion y gobierno de san German. El santo lo llenó luego de monjes, y nombró por primer abad á san Doctroven ó Doroteo, su discípulo; y este fué el principio de aquella célebre abadía que ha contado tantos, tan ilustres y tan santos abades, distinguidos por la púrpura, por su sabiduría y por su virtud.

No se entregó tanto san German al cuidado de los monjes, que no se dedicase tambien á la direccion del clero, y á formar dignos ministros de la Iglesia. Extendióse tanto la fama de su arreglado seminario, que concurrían á él muchos de países extranjeros para imbuirse en el espíritu eclesiástico; y en poco tiempo salieron de tan insigne escuela muchos varones apostólicos que introdujeron en todas partes el fervor y la reforma.

Clotario, sucesor de Childeberto, no honró ni estimó menos á san German que lo habia hecho su predecesor; pero el zelo y el teson en defender la religion, pusieron al santo obispo en la dolorosa precision de negar los sacramentos á Cariberto, rey de París, hijo de Clotario, que, habiendo repudiado á Ingoberga, se habia casado con Merofleda, y muerta esta, se desposó públicamente con su hermana Marcueva, que era religiosa, no obstante que antes de esta habia tomado ya otra mujer. Practicó san German cuantas diligencias pudo para cortar este escán-

dalo, pero todas sin fruto; por lo que se creyó obligado á excomulgar al rey, no menos que á Marcueva, causa principal de todo el desórden. Poco tiempo despues murieron arrebatadamente uno y otro, vengando el cielo el desprecio que hicieron de las censuras de la Iglesia. A estas turbulencias se siguieron las que causaron en París los zelos y la ambicion de Sigeberto y de Childerico, en las cuales necesitó nuestro santo de todo su valor, de toda su virtud y de toda su prudencia.

Hallábase el cuerpo de German muy extenuado por los rigores de su continua penitencia, sin que por eso aflojase un punto de su mortificacion y austeridad. El grave peso de sus muchos años no era bastante para que dejase de trabajar incesantemente en la conversion de los pecadores, hasta que lleno de dias y de merecimientos, le llamó Dios de este mundo para coronarle en el cielo, y murió el dia 28 de mayo, á la edad de mas de ochenta años, en el de 576. Su santo cuerpo fué enterrado en la capilla de San Sinfriano, que él mismo habia mandado construir mas abajo de la iglesia de San Vicente; y luego confirmó el Señor con nuevos milagros el justo concepto que todos habian formado de la santidad de su siervo. Lanfrido, abad de San Vicente, trasladó el cuerpo á la misma iglesia de San Vicente, con asistencia del rey Pipino y de Carlos su hijo, que fueron testigos de muchas maravillas. Cuando los Normandos entraron en Francia, se sacaron estas santas reliquias para librarlas de su furor. La traslacion de estas reliquias á la nueva iglesia del monasterio, hizo que tomase este el nombre de San German en lugar del de San Vicente que antes tenia. El primero que enriqueció el sepulcro de nuestro santo con oro, plata y piedras preciosas, fué san Eloy, despues obispo de Noyon; y Guillelmo el obispo,

abad de San German, le colocó en el año de 1408 en una urna de plata muy rica, y es la misma en que el día de hoy se venera.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Cerdeña, los santos mártires Emilio, Félix, Priamo y Luciano, que, combatiendo por Jesucristo, merecieron ser coronados.

En Chartres, san Cheron, que recibió el honor del martirio, habiendo sido decapitado en tiempo del emperador Domiciano.

En Corinto, santa Helcónida mártir, la cual, en tiempo del emperador Gordiano y del presidente Perenio, sufrió primeramente multiplicados tormentos; Justino, sucesor de Perenio, la aplicó de nuevo á la tortura, de la que la libró un ángel; despues le cortaron los pechos, la expusieron á las bestias, y la probaron por el fuego; por último, habiéndole cortado la cabeza, consumó su martirio.

El mismo día, los santos Crecente, Dioscórides, Pablo y Heladio, mártires.

En Tecué en Palestina, muchos santos monjes, que en tiempo de Teodosio el Menor fueron degollados por los Sarracenos: los habitantes de aquel lugar recogieron cuidadosamente sus santas reliquias, y las conservaron con gran veneracion.

En Paris, san German, obispo y confesor, cuya eminente santidad, gran mérito y brillantes milagros trasmitió á la posteridad el obispo Fortunato en el libro que escribió de su vida.

En Milan, san Senador obispo, esclarecido en virtud y doctrina.

En Urgel en España, san Justo obispo.

En Florencia san Podio, obispo y confesor.

La misa es en honra del santo, y la oracion la siguiente.

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in beati Germani, confessoris tui atque pontificis solemnitate deferimus: et qui tibi dignè meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolvet peccatis. Per Dominum nostrum...

Rogámoste, Señor, que oigas benigno la súplica que te hacemos en la solemne fiesta de tu bienaventurado confesor y pontífice German, y que nos libres de todos nuestros pecados por los méritos de aquel que te sirvió con tanta fidelidad. Por nuestro Señor...

La epistola es del apóstol san Pablo á los Hebreos, cap. 5.

Fratres: Omnis pontifex ex hominibus assumptus, pro hominibus constituitur in iis quæ sunt ad Deum, ut offerat dona, et sacrificia pro peccatis: qui condolere possit iis qui ignorant et errant: quoniam et ipse circumdatus est infirmitate: et propterea debet quemadmodum pro populo, ita etiam et pro semetipso offerre pro peccatis. Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur à Deo, tanquam Aaron.

Hermanos: Todo pontífice elegido entre los hombres, es constituido en beneficio de los mismos hombres, en orden á aquellas cosas que miran á Dios, para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados; el cual puede tener compasion de los ignorantes y errados, como que él mismo está rodeado de debilidad; y por esto debe ofrecer sacrificio por los pecados, de la manera que por el pueblo, así tambien por sí mismo. Ni tal honor se le toma cualquiera por sí, sino el que es llamado por Dios, como Aaron.

NOTA.

« Estando san Pablo en Roma, tuvo noticia de la » muerte de Santiago, y del furor con que los Judíos » perseguian á los de la misma religion que se convertian á la fe. Con este motivo les escribió esta » carta, en que no puso su nombre, ó porque solo

» se llamaba *Apóstol de los gentiles*, ó porque mas la
 » consideraba como libro que como carta, pues
 » excusa su brevedad. *Etenim perpaucis scripsi vo-*
 » *bis*. Con efecto, es breve para libro, y larga para
 » carta. »

REFLEXIONES.

Qui condolere possit iis, qui ignorant et errant: quoniam et ipse circumdatus est infirmitate. De suerte, que sea capaz de compadecerse de los ignorantes y errados, puesto que tambien él mismo está rodeado de miseria y de flaqueza. ¿Qué instruccion tan llena de prudencia! ¿qué colmada está de consuelo! ¿cómo resplandece en ella el espíritu de Jesucristo! Si los pontífices y ministros del Señor, establecidos en su Iglesia para reconciliar los pecadores, fueran algunos ángeles ó inteligencias superiores exentas de nuestras flaquezas; si fueran algunos hombres de diferente masa, privilegiados y libres de nuestras miserias, ninguna consideracion moderaria su indignacion, ni templaria su zelo en vista de tantos pecados. Como hijos del trueno pedirían al cielo rayos que redujesen á cenizas los pecadores; pero ¿causaria mucha alegría al mismo cielo esta severidad? ¿convertiria muchos pecadores? ¿abriria el camino á la piedad para que triunfase la misericordia? *Vivo yo*, dice el Señor, *que no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta, que se enmiende, y que viva* (1). *Id, y aprended lo que significa: Quiero la misericordia, y no el sacrificio*, dice el Salvador (2): y añade: *No vine á llamar á los justos, sino á los pecadores*. Eran, pues, menester unos ministros de paz y de reconciliacion, llenos de compasion y de blandura. La inmoderada, la desmedida severidad irrita el ánimo y desespera. Eligió el Hijo de Dios á san Pedro por

(1) Ezech. 33. — (2) Matth. 9.

cabeza de su Iglesia; ¿pero cuándo? despues que por la triste experiencia de su propia flaqueza aprendió á compadecerse de las ajenas: *Volviendo sobre ti, confirma á tus hermanos* (1). Para convertir á los pecadores es menester una suavidad prudente, una compasion tierna; es preciso tenga presente el que los quiere convertir de que él tambien es pecador. El zelo áspero, duro y amargo nunca fué del gusto de Jesucristo; es el carácter propio de la herejia; todos los herejes han gritado siempre contra la demasiada indulgencia de la Iglesia. La dureza y la amargura siempre son efecto del espíritu de partido; el espíritu de Jesucristo, el zelo verdaderamente cristiano, excita á aborrecer el pecado y compadecerse del pecador; pero el mal espíritu confunde al pecador con el pecado. *El que de vosotros estuviere sin pecado*, dice el Salvador, *arroje la primera piedra contra esta pobre adúltera*. Al zelo amargo no le anima la gloria de Dios, animale la pasion, animale el orgullo; este es el verdadero móvil del zelo impetuoso; este es el origen de todo este torrente de amargura. Reservemos la dureza y la severidad para nosotros mismos, y el zelo será siempre puro y loable; pero acompaÑe siempre á nuestro zelo por el prójimo una suavidad prudente y discreta. Ninguna cosa descubre mas el espíritu de Dios que esta cristiana dulzura: *Aprended de mi*, dice el Señor, *que soy manso y humilde de corazon*. Es cierto que una blandura excesiva, cobarde y demasiado indulgente, suele ser principio de una perniciosísima relajacion; pero un rigor inmoderado y descomedido, ¿será por ventura menos perjudicial?

El evangelio es del cap. 12 de san Juan, y el mismo que el dia XII, pág. 507.

(1) Luc. 22.

MEDITACION.

DE LA PÉRDIDA DEL TIEMPO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que en esta vida no hay pérdida mas irreparable ni de mayores consecuencias que la pérdida del tiempo. ¿Perdiste una hora, perdiste un día? no admite reparo; para siempre lo perdiste. Las demás pérdidas pueden repararse. Si se perdió la salud, se puede recobrar; un robo, un incendio, un naufragio, no son pérdidas sin remedio; los negocios mas desesperados dejan siempre algun resquicio á la esperanza. La pérdida de una batalla, la de un pleito, la de toda la hacienda, la de la misma honra, no es pérdida sin remedio. El mundo tiene altos y bajos; la que se llama fortuna vuelve á levantar á los mismos que precipitó; y en fin, cuando falten los medios naturales, hay recurso á la esperanza de los milagros; puede Dios hacer lo que no pueden los hombres. Solo en la pérdida del tiempo está enteramente cerrada la puerta á todo recurso y remedio: no puede Dios hacer que el día de hoy no se haya pasado, ni que tan bellos años empleados en diversiones y en pasatiempos no se hayan perdido. Puede alargarte la vida todo lo que fuere de su agrado; pero no puede hacer que vuelvan los dias que se perdieron. Podrás tú emplear mejor los que te quedan de vida; pero no podrás reparar los que perdiste. Comprende bien, si puedes, la grandeza, la enormidad y las consecuencias de esta pérdida.

Con esos dias mal empleados ¡cuántas gracias perdidas, que acaso estaban destinadas, preparadas y reservadas para ellos! Quizá dependerian de esos dias malogrados la gracia de nuestra conversion, la

de la vocacion, la de la perseverancia. El sol estaba entonces en el cenit; ahora va declinando hácia el ocaso. Si nos quedaba mucho camino que andar, todavía teníamos mucho dia; ahora va ya bajando el sol, y aun nos falta mucho que andar; y tal vez esa luz, sin la cual no se sabe adonde se va, está para apagarse. Apenas hay ya tiempo para ponernos en camino; hemos dormido mucho, levantámonos muy tarde. Acércase la noche, y no es ocasion de acudir á la tienda para hacer provision de aceite; quizá vendrá el esposo mientras vayamos á comprarle. Aquellos bellos dias de una florida juventud; aquellos brillantes años de una edad robusta y vigorosa; aquella hermosa estacion de la vida que lastimosamente se malogró en una blanda y delicada ociosidad; todo ese tiempo tan precioso únicamente se nos concedió para hacer nuestra jornada. Detuviéronnos en el camino las diversiones, los placeres, los regalos y las perniciosas compañías. Al dar vuelta la edad, cuando ya se acercan las sombras de la noche, al tiempo que los dias son mas cortos, y esos cortados con los achaques y las enfermedades, entonces se conoce que nos hemos detenido demasiado en el camino, casi cuando era ya tiempo de descansar dichosamente en el término. Hombres del mundo, mujeres del siglo, jóvenes aturridos, que perdeis miserablemente los mas hermosos dias de vuestra vida, aplicaos á vosotros mismos estas alegorias; comprended y medita bien este metafórico discurso.

PUNTO SEGUNDO.

Considera lo que es una pérdida de la mayor importancia, cuando es irreparable: pues tal es la pérdida del tiempo. Con todo eso, esta gran pérdida se hace con el mayor gusto, divirtiéndose, riendo; ¿qué digo? se tendria por desgracia el no hacerlo.

Pero ¿son cristianos los que proceden de esta manera? ¿son racionales? ¿no padecen algun raptó de locura? ¿hay frenesí mas lastimoso? ¿hay otro que sea seguido de mas cruel, pero mas inútil arrepentimiento?

Todo el tiempo que se pasó en el juego, en vanos entretenimientos, en los espectáculos, cuando no los cohonestó por lo menos un motivo justo y racional, es tiempo lastimosamente perdido. Todo ese tiempo que se gastó en componerse, en adornarse, en refinar sobre la misma profanidad, en seguir escrupulosamente una moda, hija de la vanidad ó del capricho, es tiempo perdido. Todo el tiempo que se empleó en la demasiada delicadeza, en melindres excesivos, en el exquisito regalo, en la ociosidad y en la holgazanería, es tiempo perdido. Todo el tiempo que se ocupó en negocios, en pretensiones que no tuvieron otro móvil que el de la ambicion y la codicia, es tiempo perdido. Todo el tiempo malogrado y consumido en inutilidades especiosas, en fruslerías, en bagatelas, en unos nadas que parecen algo, todo ese tiempo es tiempo perdido, todo será estrechamente reclamado por aquel soberano Señor, que solamente nos le concedió para que negociásemos con él en orden á la vida eterna. ¡O Dios, qué pérdida! ¡ó Dios, qué cuenta tan estrecha! ¡ó Dios, qué eterno llanto.

Piérdese este precioso tiempo, y se pierde sin dolor; antes bien no pocas veces la única pena que se tiene, es no saber en qué se ha de perder. La gente noble, esas personas tan distinguidas por sus cuantiosas rentas, por su nacimiento, por su clase, por sus empleos, por su dignidad, esas son las que por lo comun emplean peor el tiempo. Pero en la última enfermedad, esto es, cuando el tiempo va á espirar, cuando se asoma la eternidad, cuando apenas hay ya tiempo, entonces se acude á los ministros del Señor, se recurre á los expedientes. En breves instantes, y esos

poco libres, poco despejados, en los cuales apenas se sabe lo que se hace, se quiere hacer aquel grande, aquel negocio espinoso para el cual nos concedió Dios toda la vida. Valga la verdad; ¿habrá mucho que confiar en todas aquellas devociones forzadas, que parecen ya tan fuera de tiempo, en todos aquellos exteriores arrepentimientos, en todas aquellas reflexiones que han tardado tanto en llegar? Todas pueden ser eficaces y sinceras, no lo niego; algunas lo serán tambien, igualmente lo confieso; pero ¿cuántas lo serán? Concediósenos toda la vida para trabajar en el negocio de nuestra salvacion; no hay edad, no hay tiempo, no hay condicion, no hay empleo que nos dispense de esta obligacion; este es el único negocio grande de toda nuestra vida. ¿Qué dirán, qué pensarán de esta verdad en aquella postrera hora todos aquellos que al presente no piensan en ella?

Mi Dios, conozco que es irreparable la pérdida que he hecho; pero ya que por vuestra misericordia me concedéis todavia algunos dias de vida, resuelto estoy, con vuestra divina gracia, á no malograr ni un solo instante de tiempo.

JACULATORIAS.

Ergo dum tempus habemus, operemur bonum. Galat. 6.
Pues tenemos tiempo, aprovechémosle bien.

Concupivit anima mea desiderare justificationes tuas in omni tempore. Salm. 118.

Deseó mi alma guardar tus santos mandamientos por todos los dias de mi vida.

PROPOSITOS.

1. El tiempo es precioso, es corto, y la pérdida del tiempo es irreparable. ¿Se podrá convenir en estas tres proposiciones, y se podrá perder el tiempo?

Sin embargo este tiempo se pierde cada día, y la rapididad con que vuela no es bastante para corregir el ansia que tenemos de verlo volar. Ponte hoy á contar tus años, ajusta el número de tus días, y dime ¿cuántos has perdido, y cuántos no has dejado perder? Esta pérdida es de consecuencia; porque al fin, contados están todos los días de nuestra vida, y no hay siquiera uno de que no se nos haya de pedir estrecha cuenta. La pérdida es irreparable; porque, ¿cómo se repararán quince ó veinte mil días perdidos y malogrados? No hay otro recurso que á la misericordia de Dios, y al buen uso de los que te quedan. No pierdas un solo instante, y pon en práctica los consejos siguientes:

2. Todos los días por la mañana y por la noche, y en el sacrificio de la misa, pide perdón á Dios con vivo y sincero dolor del tiempo que has perdido. No tomes descanso, diversion ni recreo alguno, que no procures santificar por algun motivo, no solo justo, sino santo, esforzándote á santificarlo tambien aun en el mismo ejercicio. Determina algun número de actos de amor de Dios que hayas de hacer durante el tiempo de recreo, y aun en la misma comida. Cada semana dedica á la oracion, ó á algunas otras buenas obras, una ó media hora de aquel mismo tiempo que tienes destinado para descansar, ó para recrearte. Escoge un día cada año, que has de emplear todo entero *en redimir el tiempo*, como se explica el Apóstol; esto es, en oracion, en penitencia, en buenas obras, haciendo limosnas mas cuantiosas, y no perdiendo ni un solo instante de aquel día. El mas á propósito para este importante ejercicio, es el día en que cumples años. No dejes de acusarte en todas las confesiones del tiempo que has perdido, porque es falta muy grave.

DIA VEINTE Y NUEVE.

SAN MAXIMINO, OBISPO DE TRÉVERIS.

San Maximino, uno de los mas insignes ornamentos de la iglesia galicana, celeberrimo en el siglo cuarto de nuestra era por su zelo apostólico en defensa de la fe católica contra los herejes arrianos, y por la multitud de milagros que por su intercesion obró el Omnipotente, nació en el territorio de Poitiers, en la Aquitania. Fué educado desde su infancia en la religion de Jesucristo, con uno de sus hermanos llamado Majencio, que se cree haber sido obispo de aquella ciudad antes de san Hilario. La fama de santidad con que corria por entonces san Agricio, obispo de Tréveris, hizo á Maximino dejar su patria é ir en busca de aquel prelado, con el fin de adelantarse en ciencia y santidad bajo su enseñanza. En efecto, hizo en ambos ramos maravillosos progresos; y elevado á los órdenes sagrados, se comportó en sus funciones con tanta edificacion, con tanta sabiduria y con tanta prudencia, que, conciliándose la veneracion de todo el clero y pueblo, no quisieron estos otro prelado, cuando ocurrió la muerte de san Agricio, indicado ya así por el cielo á varias personas de conocida virtud. Confirmados estos sufragios por los obispos comprovinciales, que conocian muy bien las relevantes prendas de Maximino, subió á la cátedra de Tréveris hácia el año de 332, que era el 26 del imperio de Constantino.

Fácil es pensar cuál fué el porte de este varon apostólico, colocado sobre el candelero de la Iglesia, cuando ya su nombre era célebre en el país por la